

australianos continúan utilizando esta técnica cuando explican a los más jóvenes conceptos espirituales y cosmológicos. Signos que enseñan y cuentan cosas. Decidimos utilizarlo.

Todos y cada uno de los recursos que empleamos con grupos de discapacitados sensoriales, los utilizamos con el resto de las personas,

esto es, procesos completos elaborados con materias primas originales, de manera que se pongan en juego el mayor número de sentidos. Olor, gusto, tacto, sonidos e impresiones visuales.

¿Por qué hacemos interpretación?

Desde luego no para cantar las proezas de algunos arqueólogos, ni siquiera para proyectar Atapuerca entre el gran público, al menos no como única meta. Nuestro objetivo no es ofrecer información, sino crear actitudes en la gente.

La *divulgación arqueológica* es el conjunto de estrategias y recursos que posibilitan un acercamiento del gran público a una disciplina compleja como es la arqueología. Pero la divulgación no es un simple ejercicio de transferencia de información.

Los visitantes no especializados: médicos, fontaneros, abogados, amas y amos de casa, nuestros abuelos, no quieren información cuando vienen al yacimiento, y no quieren información porque no disponen del “software” adecuado para gestionarla.

Interpretar, es provocar, estimular en el público interés por las cosas, ofrecer una herramienta con la que procesar la información.

La interpretación es un todo que engloba todas las técnicas y recursos que se emplean para “contar algo”, pero también la *pasión* con la que se cuenta, de tal forma que ese “algo” modifique nuestra actitud hacia lo que nos están contando. Hace un par de años se publicó en España la primera “Guía práctica para la Interpretación del Patrimonio”; me permito extraer un fragmento del Prólogo que hace de este magnífico libro el biólogo Miguel Delibes de Castro:

“Millones de españoles se confiesan afectos a la naturaleza y visitantes regulares de la misma. Pero uno puede observar, tras cualquier fin de semana de primavera, el campo próximo a las ciudades lleno de latas, bolsas de plástico basuras... La mayor parte de la

gente que cree apreciar la naturaleza, ni la conoce ni la ama (en realidad sólo la consume). Necesitamos una gran labor de interpretación. Necesitamos que nos ayuden a cambiar esquemas mentales y a modificar nuestro comportamiento hacia los recursos naturales”.

... donde podríamos cambiar naturaleza por arqueología y recursos naturales por yacimientos arqueológicos.

Interpretar es transmitir y, además, transmitir *con pasión*. Se puede ser técnicamente correcto a la hora de contar las cosas (hay muchos trabajos sobre interpretación en los que se explican las técnicas), pero si no hay pasión, si no te crees lo que estás contando, tu discurso se parecerá a una conferencia de Fukuyama ante un público formado por estudiantes de secundaria. La buena divulgación (hay que empezar a exigir un poco al público) ha de ser formativa, pero nunca pretenderá formar especialistas, para eso están las universidades y la bibliografía especializada. Y no hay mejor recurso interpretativo que un buen guía.

En Atapuerca intentamos hacer esto con escolares de primaria, de secundaria, con jubilados, con sordos, con ciegos... porque el conocimiento es universal, es de todos y para todos.

La arqueología divulgativa es considerada como una disciplina menor en el ámbito arqueológico, e incluso es infravalorada en los ambientes académicos (principalmente en España, a excepción de algunas comunidades con larga tradición como Cataluña). Sin embargo, en el futuro será una válvula de escape hacia el mercado laboral para los arqueólogos y, sin duda, materias como técnicas de interpretación, contabilidad, diseño y marketing, serán asignaturas que deberán aprenderse para una correcta gestión y promoción de los recursos culturales.

La Interpretación incluida en el vínculo patrimonio-sociedad. Segundas reflexiones de un profano²

Marcelo Martín

Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico, Sevilla

Contacto en: valleymar@teleline.es

(En estas Segundas *Reflexiones*, Marcelo invita al debate constructivo acerca de la interpretación, repasando los diversos nexos que tiene con otras disciplinas, tendiendo puentes, y analizando las diferentes “escalas” de cada intervención.)

Hemos decidido prescindir de las habituales definiciones y adentrarnos en cuestiones de una índole que, en general, no trascienden más allá del ámbito de la realidad cotidiana de aquellos que nos enfrentamos al reto de pensar, programar y producir un centro de visitantes, un *centro de interpretación*³, un ecomuseo, una exposición temporal o cualquier otro producto patrimonial que tenga por objetivo brindar al visitante una explicación simple y comprensible de un proceso natural o cultural muy complejo.

El grupo de profesionales, siempre heterogéneo, que es contratado para la resolución de un *centro de interpretación* (tanto más heterogéneo como importante sea la envergadura del proyecto) se enfrenta a una serie de vicisitudes que

² Parte de este texto fue redactado originalmente para la ponencia “Un proceso de creación de nueva oferta de Centros de Interpretación en Andalucía: once proyectos en la provincia de Cádiz”, presentada por Grupo Entorno SL y Marcelo Martín en las *I Jornadas de Centros de Interpretación*, organizadas por el Museu de la Ciència i de la Tècnica de Catalunya, Terrasa (Barcelona), 28 al 30 de octubre de 1999.

³ Aceptarán, por esta vez los sufridos lectores, que utilice este término, refiriéndome a eso que no sabemos qué es, los que todavía no somos intérpretes del patrimonio.

será importante exponer y clarificar para hacer de nuestra práctica laboral un motivo de reflexión y debate que sirva al conjunto de profesionales, estudios y empresas abocadas a estas tareas.

El primer tema que abordaremos es la ausencia, en nuestro país, de una tradición de reflexión teórica que obliga a los profesionales que trabajamos en el tema, a una búsqueda empírica de modelos teóricos y pautas metodológicas e instrumentales, sustentados generalmente, además de una prolífica bibliografía en inglés y francés, en la lectura y visita de proyectos realizados en países con mayor tradición en este arte de dar a conocer, hacer accesible y explicar el sentido y el significado de nuestro patrimonio natural y cultural.

Debemos comprender que las técnicas de interpretación que intentamos aplicar los profanos en nuestros medios...

(y aclaramos que no nos referimos aquí a las estrategias de educación ambiental no formal)

...son disciplinas híbridas, carentes hasta ahora de formación curricular específica, basadas en una actitud posmoderna de fragmentaciones científicas diversas y recompuestas en un collage metodológico

donde se dan cita, entre otras, la semiótica, la comunicación, la museografía, el diseño, el marketing cultural, pero sobre todo ello un profundo espíritu de renovación y buenas intenciones (eso decimos nosotros).

Lo preocupante no es la sana y reflexiva experimentación, sino las carencias en materia de contextualización de nuestro trabajo a las pautas sociales y culturales locales, producto de una rápida y acrítica adscripción a todo lo que nos llega desde fuera en esta materia. Sobre todo cuando esa ausencia de reflexión de la que hablamos, se motiva en el mero hecho de no resultar suficientemente progresistas y actualizados de cara a nuestros medios profesionales.

Deberíamos poner en duda o, al menos, confrontar modelos de acción entre los ejemplos que se realizan en otros países y nuestra realidad sociocultural, tanto a nivel nacional como para cada una de las comunidades autónomas españolas.

La poca actividad de debate sobre lo que los profanos llamamos interpretación aplicada al patrimonio cultural y natural, implica también un pobre trabajo de discusión interdisciplinar entre arquitectos,

diseñadores, arqueólogos, etnólogos, museógrafos, historiadores, biólogos, geógrafos, etc. y los que se denominan auténticos intérpretes del patrimonio, lo que se traduce en colocar a la técnica en sí por delante de toda otra problemática, idealizándola como panacea de la difusión cultural, situación que se refleja en frases del tipo: "la interpretación es un instrumento fundamental para la definición de políticas de intervención y uso social del patrimonio, y la base para el desarrollo de políticas de comercialización y explotación turísticas".

A nuestro entender, la interpretación es una técnica más de una serie importante, entre las que se incluyen: la presentación, la nueva museografía, la puesta en valor, las técnicas expositivas, la animación y hasta el marketing cultural. No podemos poner el carro delante del caballo: primero están las políticas culturales, las de investigación, documentación y difusión del patrimonio, su planificación y gestión y luego, en los casos adecuados, la interpretación.

Es necesario ubicarnos en una correcta posición dentro del amplio campo del patrimonio para no arrogarnos tareas y decisiones que corresponden a instancias de gestión patrimonial en su conjunto. Debemos reconocer que la tarea de vincular el patrimonio natural y cultural con la sociedad es una tarea que no atañe a un solo agente cultural, sino a una gran diversidad de agentes tanto de la esfera pública como de la privada.

Otro tema por tratar es el de nuestras relaciones como expertos con las administraciones para las cuales solemos trabajar. En el más alto rango (ministerios, consejerías)

nos encontramos con interlocutores con un alto nivel teórico, información actualizada y un manejo de casi todas las claves de un léxico fuertemente impregnado de los últimos conocimientos de la materia, y por tanto con niveles de exigencia teórica muy altos.

Niveles que comienzan a ser conflictivos a la hora en que, una vez publicado el concurso o realizada la invitación a participar en el desarrollo del proyecto, son confrontados con la necesaria viabilidad que todo proyecto tiene que tener para cumplir con sus fines sociales y culturales.

Muchos técnicos de nuestras administraciones saben de, pero ignoran cómo.

En otro extremo del espectro de las relaciones contractuales para la definición de un proyecto encontramos a la administración local, figura que en muchos casos se personifica en el alcalde y una serie de progresistas y avanzados asesores que impulsan la realización de *centros de interpretación* por muchos más motivos que los necesarios para su fin social.

En este ámbito –local– el grupo profesional se encuentra ante una demanda muy concreta, con necesidades de orden social, cultural y hasta político, concretas, reconocidas y sufridas a veces desde hace años. Es el caso entonces de técnicos y políticos que saben el qué, pero desconocen, y mucho, el cómo.

El grupo profesional se ve en muchos casos atrapado entre estas dos realidades, muy exigido a nivel teórico pero huérfano de ideas claras y concretas de qué demanda y cómo satisfacerla por un lado, y muy acotado en cuanto a necesidades y concreciones, pero imposibilitado de mantener un diálogo sobre cuestiones que es imprescindible compartir.

Desde una perspectiva profesional debemos actuar a partir del análisis y debate conjunto entre profesionales y los diferentes rangos de nuestras administraciones acerca de la complejidad de estrategias aplicables a la difusión e interpretación del patrimonio natural y cultural.

Cabe exigirnos prudencia, actitud crítica y contextualista frente a nuestros particularismos culturales; responsabilidad, predisposición docente y sentido crítico frente a nuestras administraciones. Sobre todo porque históricamente han sido las periferias –en aras del “progreso”– campos de experimentación de nuevas ideas surgidas, a veces con demasiada prisa, en los centros de producción cultural, y no suficientemente contrastadas.

La aplicación de esta “nueva” disciplina a un sector cada vez más significativo de

nuestro patrimonio (al menos en la redacción e intenciones de los proyectos), es una realidad tangible. Un poco irreflexivamente y con más voluntad de actuar que debatir modelos y reflexionar pautas de adecuación, un potencialmente creciente número de profesionales *intentan procesos interpretativos* en cultura y medio ambiente.

En este proceso será necesario, primero, tender un puente entre la museología y la verdadera interpretación,

segundo, generar un espacio dedicado a la crítica, que permita ajustar, corregir, evolucionar desde el punto de vista discursivo y técnico expositivo y, sobre todo, recrear para dar respuestas acordes y viables desde el punto de vista teórico, ideológico y económico.

Como dije en un artículo anterior (*Boletín de Interpretación* número 3), “si se presume de innovación, integración, complejidad, emotividad, se debería estar atento, dentro de la misma dinámica disciplinar, a los mecanismos de producción donde pretenda inscribirse la interpretación del patrimonio”.

La escala de un proyecto de interpretación y su relación con la oferta cultural del contexto en el que se inscribe (barrial, municipal, comarcal, regional) es, a nuestro entender, un tema clave, no ya para el éxito de nuestro trabajo, sino para una correcta vinculación del patrimonio y su comunidad.

Existe un denominado proceso interpretativo que va desde la contextualización de un objeto (original o copia), en el marco de la nueva museografía, hasta la propuesta de un plan de interpretación de un territorio o una comarca geográfico-cultural. Es imposible pretender generar programas metodológicos unitarios que abarquen toda esta problemática.

¿Qué lugar ocupa la participación ciudadana en todo el proceso de difusión del patrimonio?, ¿sólo existe un proceso unidireccional?, ¿qué opinan los protagonistas del vínculo patrimonio-sociedad?

Democratización cultural no es lo mismo que democracia cultural. No se trata de promover la participación de la gente para asegurar el éxito de la ejecución de un plan de difusión del patrimonio, sino de que participe porque éste es un derecho en una democracia viva y real. Una auténtica participación se configura no a partir de un hacer o intervenir sugerido o manipulado desde afuera, sino haciendo y

sugiriendo en todo aquello que le concierne.

El éxito a largo plazo de una política de conservación del patrimonio se basa antes que nada en la educación del público y de los profesionales. Cuando el público está bien informado e interesado, todo se hace posible: los políticos se muestran sensibles, las políticas adquieren flexibilidad y nuestro ambiente histórico/natural aparece lo suficientemente valioso como para merecer protección.

Cuando los profesionales nos formemos mejor en lo que es la interpretación no todo se hace posible, pero sí útil, adecuado, sin visos de falsa modernidad y con la seguridad que denota un trabajo socialmente justo y científicamente válido.

La responsabilidad de “revelar”

Alfio Verdecchia
Caracas, Venezuela

Contacto en: averdecchia@yahoo.com

(Alfio es un apasionado observador de orquídeas silvestres, además de investigador en el área de la orquideología y el turismo. Ha diseñado y ejecutado numerosas actividades interpretativas, tales como visitas guiadas, excursiones y senderos. Por ahora está abocado a que por fin salga adelante el Simposio de Guiatura Especializada, que va para octubre.)

Sería difícil imaginar nuestras actividades de esparcimiento, recreativas, o la misma actividad turística, sin la existencia, en la mayoría de los casos, de ese personaje que nos “revela”, guía y muestra tantas cosas comunes y a la vez interesantes. Echemos un vistazo a nuestro pasado donde, evidentemente, lo menos que preocupaba era el Turismo, la Educación Ambiental o la Recreación; eran otras las preocupaciones, pero aun así parece ser que necesitaban para la época algún guía, veamos:

“En el siglo VII, con las cruzadas, existía una proyección de Europa hacia el

Oriente; los alimentos solicitan las especias, el lujo introduce la seda, la medicina necesita de varios productos orientales como el bálsamo y el alcanfor, y el culto importa el incienso. Todas estas necesidades hacen que el comercio europeo gravite hacia el Oriente, con dos agravantes de seria trascendencia: la carestía de la mercancía y el monopolio comercial ejercido por algunos países.

“Por todas estas razones, la vida se hace sumamente cara, originando como consecuencia que las naciones menos favorecidas se den a la tarea de buscar nuevas vías” (Montaner, M., 1944).

Pero ¿de qué manera se podían abrir paso los europeos a lo “desconocido”? Para la época, por el hecho de ir a satisfacer sus necesidades estaban, sin saberlo, a punto de hallar nuevas tierras; no se contaba con mapas o rutas de navegación, por lo que era sumamente difícil saber a dónde ir; es por eso que se dice que los grandes inventos o hallazgos surgen de la necesidad o el azar, simplemente por el desconocimiento que imperaba en esa época, por ejemplo.

En la Edad Media dominaba el concepto geográfico de Ptolomeo, según el cual la tierra estaba como un cuerpo fijo en el centro del universo. A esta atrasada concepción venía a mezclarse una serie de leyendas disparatadas; según ellas, no se podía navegar por el océano glacial del norte, porque estos mares permanecían helados y estaban poblados de monstruos. Tampoco por el sur, porque quien se aventurase a ello sería pronto devorado por el fuego que en él reinaba.

Poco a poco estas ideas sufrieron crisis, hasta llegar a conformarse una nueva concepción del universo. Imperó en ello primeramente la tradición de Herodoto y Estrabón, según la cual una flota fenicia habría atravesado el Mar Rojo y regresado al cabo de dos años pasando por entre las Columnas de Hércules o Estrecho de Gibraltar. Existía, además, un mapa confeccionado por un cosmógrafo árabe el año 1150 para el Rey de los Normandos, Rogelio II, en el que aparecía la actual Guinea.

A todo esto, venían a añadirse las referencias de la antigua Thule o Atlántida de que hablaba Platón, y principalmente los libros de Marco Polo, un italiano que llega hasta la India y da en el libro “Las Maravillas” una relación de sus viajes.

Con estos hallazgos se fue perdiendo el viejo temor, se creó un anhelo por el conocimiento de lejanas tierras y se incitó el ansia del viaje... (Montaner, M., 1944).